

California Imaginada

Jorge Omar Ramírez

University of California–San Diego

La región fronteriza californiana logró una notoriedad cultural internacional a finales del siglo XX que ha servido como contrabalanza ante la creciente representación de este espacio geográfico como uno cargado de violencia. Sin embargo, estos dos imaginarios regionales—violencia y creatividad—han prácticamente crecido de la mano en la región desde sus inicios. Durante los años de prohibición en los Estados Unidos, los espectáculos musicales del lado mexicano de la frontera fueron celebrados por su público al mismo tiempo que la prohibición daba inicio a una cultura del tráfico de licor, práctica que eventualmente se diversificaría. Las artes visuales y la literatura florecerían más tarde enmarcadas, las más notorias, en arte fronterizo y literatura norña. Ambas categorías fueron, de una forma u otra, influenciadas por elementos de violencia endémicos a la frontera. En un intento por entender la subjetividad fronteriza californiana desde una perspectiva mexicana, analizaré la imaginación identitaria promovida sobre la región desde su inserción en el imaginario occidental. Iniciaré en la California imaginada desde el periodo colonial hasta los primeros procesos de consolidación nacional post revolucionarios. El periodo histórico que cubriré inicia con el descubrimiento de la península y termina en la década de 1950. Me enfocaré en cómo, a lo largo de la historia de las Californias, la mirada desde los diferentes centros de control, tanto colonial como nacional e internacional, refuerzan la creación de una subjetividad fronteriza descentralizada y recurrentemente articulada desde procesos imaginativos.

José Vasconcelos, de forma tal vez idealista, afirmó que para la formación de su Raza Cósmica era necesario comenzar un patriotismo, no con el grito de los héroes de la independencia mexicana, sino arraigado en la historia de los emperadores que resistieron la conquista e incluso, en el viejo conflicto de latinos y sajones (19). Octavio Paz comparte esta visión al decirnos que “no estamos ante la revolución proletaria de los países ‘avanzados’ sino ante la insurrección de las masas y pueblos que viven en la periferia del mundo occidental. Anexados al destino de Occidente por el imperialismo, ahora se vuelven sobre sí mismos, descubren su identidad y se deciden a participar en la historia mundial” (168). De ser cierto que la Revolución mexicana ha funcionado como catalizador para reconocerse, descubrir la propia identidad nacional y, sobre todo, entenderse como periférico respecto al mundo occidental, entonces me parece relevante intentar entender la subjetividad fronteriza Californiana. Quisiera analizarla como una subjetividad modulada en ese espacio de extrema periferia con relación al proceso identitario promovido por la Revolución mexicana, conflicto que se vivió en esta región de forma muy distinta al resto de la república, incluso al resto de los estados fronterizos. Se trata de una subjetividad modelada en un espacio de relegada historicidad y una borradura no necesariamente perpetuada por un proceso de mestizaje, sino más bien por el olvido y en varias ocasiones por procesos imaginativos. También se trata de una subjetividad que experimenta una situación geográfica de aproximación máxima al país más “avanzado” del continente, un espacio en constante conflicto entre latinos y sajones.

Si entendemos la subjetividad como algo en constante formación (a diferencia de la identidad), me parecía pertinente intentar elaborar una teoría sobre una subjetividad fronteriza que emerge en respuesta al flujo de procesos coloniales, estatales, nacionales y supranacionales. Estos procesos pretenden asignar una identidad unificada con el propósito de solidificar un proyecto de Estado-nación, sobre todo en sus márgenes, en ese espacio en el que la identidad nacional se confronta o se adapta en reacción a la identidad de la nación vecina. Me centraré en los procesos creativos que intentan crear una comunidad imaginada, basándome en conceptos promovidos por Benedict Anderson, con la intención final de entender una subjetividad creativa dispersa por ambos lados de la California dividida.

En tanto que la imaginación es un elemento determinante para la formulación de una subjetividad fronteriza, trataré de entender los procesos creativos que han marcado la historia cultural y territorial de California. Por razones prácticas, dado las constantes re-imaginaciones de la región, utilizaré el término California para

referirme a toda la región binacional y no, a diferencia de la práctica actual, de llamar California solo al territorio estadounidense. Cuando me refiera a la California estadounidense lo especificaré. También, dado el material con el que trabajaré, aún cuando la Baja California esté dividida de su contraparte Baja California sur, llamaré Baja California a toda la península. Utilizaré como libro eje de este artículo *El Otro México; biografía de Baja California*, de Fernando Jordán. Argumento que el libro es un intento de creación identitario gestado desde el centro de la república para dar corporeidad a un espacio que se visualizaba lejano y hasta cierto punto extranjero. Entiendo este primer intento nacionalista, y otros que sumaré al análisis, como diferenciados de los intentos institucionales, ya que son ejercidos por intelectuales y creadores no nacidos en la región fronteriza y que escribieron sobre el territorio bajacaliforniano en viajes específicos durante la primera mitad del siglo XX. Son escritores que representan el pensamiento gestado en el centro de la república, pero no necesariamente considerados escritores al servicio del Estado; se podría incluso argumentar que representaban y representan voces de pensamiento crítico que cuestionaban el devenir de la identidad nacional y que lograron articular opiniones relevantes desde una perspectiva externa, desde el centro mismo del Estado-nación. Un ejemplo de una California imaginada desde una escritura que se podía considerar crítica.

Fernando Jordán publicó en 1953 *El Otro México; biografía de Baja California*. Como su nombre lo implica, escribió una biografía de Baja California y, llamándola *El otro México*, prácticamente separó la península de la tierra firme, una práctica que como ya veremos ha sido constante a lo largo de la historia de California. Se ha argumentado que su intención era reconocer a la península para enfatizar su importancia para el desarrollo de México, o como afirma el escritor bajacaliforniano Gabriel Trujillo Muñoz “es un libro de propaganda oficial (del régimen de Alfonso García González y del general Abelardo L. Rodríguez)” (125). Coincido en que su trabajo puede analizarse como un esfuerzo nacionalista, como un intento de darle a la península una corporalidad de relevancia capitalista complementaria a la nación. Sin embargo, intentaré reconocer la función de su libro como una pieza fundamental de la producción cultural que logra darle a la península, si no un estatus independiente de México, sí una corporalidad e identidad nacional alterna en un momento, tal vez, desfasado históricamente, más no circunstancialmente, de lo que Benedict Anderson llama “horizontal-secular, transverse-time” (37)—el momento histórico en que una población, a pesar de estar separada, por ejemplo, por el desierto de Sonora y el Mar

de Cortés del resto de la nación, puede sentirse parte de una misma comunidad. Anderson adjudica esta posibilidad a la capacidad de distribución masiva del texto impreso, capacidad que en Baja California llega con un retraso de más de medio siglo en relación con el resto de la mayoría de las regiones del país. *El Otro México; biografía de Baja California* es el primer libro de distribución masiva en explorar la tierra y las personas de un área geográfica específica relegada históricamente y sus posibilidades capitalistas con la intención de generar una comunidad imaginada incorporada al resto de la república.

Los puntos principales que trabajaré en este ensayo—el censo, el mapa y el museo—han sido apropiados del libro de Anderson, *Imagined Communities*, específicamente del ensayo: “Census, Maps and Museums”. Anderson lo agregó a la segunda edición de su libro publicado por Verso en 2006. Este ensayo amplía su noción inicial de que “official nationalism in the colonized worlds of Asia and Africa was modeled directly on that of the dynastic states of nineteenth-century Europe. Subsequent reflection has persuaded me that this view was hasty and superficial, and that the immediate genealogy should be traced to the imaginings of the colonial state” (163). Podemos entender el territorio de la Baja California como un espacio en transición postcolonial hasta entrado el siglo XX dado su abandono histórico nacional. Pilar Bellver nos hace ver esto al argumentar que:

A pesar de que *El otro México* no es un texto escrito en un contexto (post)colonial, el análisis de estos críticos resulta esclarecedor a la hora de identificar la posición desde la que escribe Jordán y el modo en que el proyecto desarrollista que la precede articula el lenguaje y la construcción retórica de la obra. En *El otro México* es el propio Jordán quien asume una retórica colonial al proponer a los lectores interpretar la escritura de la obra como un viaje de descubrimiento por un territorio desconocido. (50)

Al entender Baja California como un espacio pre-nacional—incluso hasta el momento del triunfo revolucionario, y tal vez incluso hasta la llegada de Lázaro Cárdenas al poder—, podemos ver cómo estas tres herramientas de creación nacional, dado que la tecnología de diseminación textual llega relativamente tarde a la región, pudieron funcionar de una forma alterna a las del resto del país, produciendo una identidad nacional diferenciada.

El Otro México: biografía de Baja California de Fernando Jordán comienza con un capítulo llamado “El País Imaginario” y traza el concepto de California como una invención de Cristóbal Colón sobre lo cual dice, “A su ambición, a la potencia de su imaginación, no bastaba el descubrimiento de América. Y por eso inventó California”

(25). El segundo capítulo se centra en la obsesión de Hernán Cortés y sus infructuosas expediciones para colonizar la hostil y árida tierra de la península. Algunos otros capítulos narran la conquista épica de cincuenta y dos jesuitas nacidos en nueve países diferentes, que durante los setenta años de su trabajo religioso/colonizador “plantaron las palabras de Dios y los primeros viñedos” (52), hasta que toda la orden fue desalojada del nuevo mundo por Carlos III en 1767. Con estos capítulos Jordán inicia un recuento del poder colonial imaginando la región Californiana. Benedict Anderson nos explica cómo las tres herramientas coloniales fueron primordiales para la agenda colonial, y eventualmente la agenda nacionalista: “These three institutions were the census, the map and the museum: together, they profoundly shape the way in which the colonial state imagined its dominion—the nature of the human beings it ruled, the geography of its domain, and the legitimacy of its ancestry” (164). Entiendo el libro de Jordán como uno que a un tiempo funciona como censo, mapa y museo de forma eficaz para dar cuerpo a la biografía de la Baja California. A continuación, voy a mencionar cada una de estas herramientas y la forma en la cual el libro de Jordán cubre, tal vez de forma rudimentaria pero eficiente, la función de estas instituciones en la formación identitaria de la región que él denomina el “otro México”.

El censo

Para las formaciones postcoloniales fue necesario la construcción de técnicas administrativas para el manejo de población y la diferenciación de la misma en clase, raza, género, y edad, principalmente con la intención de “solucionar” problemáticas que devinieran de posibles disparidades: pobreza, enfermedad, educación, desequilibrio racial.¹ Las estadísticas derivadas del censo, el conteo y la clasificación de la población han sido una eficaz herramienta para la formación del Estado-nación. Sin embargo, esta herramienta se ha convertido en arma, sobretodo, cuando elementos como la migración o población flotante adquieren relevancia, como en el caso de los estados fronterizos. Desde la perspectiva estadounidense, Naomi Mezey en “Erasure and Recognition: the census, race and the national imagination” nos dice que, “According to its constitutional mandate, the census does more than facilitate a body count; it also tells us whose body counts, and for how much” (1705). Su ensayo nos permite entender, por ejemplo, cómo el censo estadounidense de 1870 usó por primera vez la categoría de “color and condition” para la población de ascendencia

¹ Ver “Ethnographic Representation, Statistics and Modern Power.” *Social Research*, vol. 61, núm. 1 (1994): 55-88. JSTOR, www.jstor.org/stable/40971022.

china. Mezey argumenta que esta racialización de una población que anteriormente era diferenciada por nacionalidad responde a varias razones: racismo científico, políticas laborales y migratorias, y una reconfiguración de la identidad nacional post Guerra Civil. Este censo fue una de las herramientas administrativas que dieron lugar a La Ley de Exclusión de Chinos de 1882, la cual se convirtió en la primera ley general de migración estadounidense y, por ende, en el detonante de la primera oleada de deportaciones, fenómeno que derivó en un flujo de migrantes chinos al lado mexicano de la frontera. En México, eventualmente el censo funcionó de igual manera como un arma de segregación con aspiraciones a la solidificación nacional, como señala Kif Augustine-Adams en su ensayo “Making Mexico: Legal Nationality, Chinese Race, and the 1930 Population Census”:

The 1930 Mexican census ballots provide a window into multiple levels of interaction in making a nation through taking a census, interaction among the counted individuals, census enumerators, and civil service employees of the Department of Census, as they engaged in the process that identified 3,571 Chinese in Sonora. The ballots do not, of course, tell us exactly what happened on that bright day in May 1930 or after who said what, who objected, who insisted but they reveal elaborate efforts to fit individuals into pre-determined census categories, to accommodate perceived reality with legally sanctioned ordering, an ordering that sought to reconstruct the Mexican nation after the 1910 Revolution. (11)

Este es un ejemplo específico de cómo el censo afectó la demografía de los estados fronterizos detonando el desplazamiento de una población de un lado al otro de la frontera. Agustine-Adams en su investigación revela que la policía sonorenses llevaba a los detenidos chinos y los mandaba cruzar la frontera con Arizona bajo amenazas. El autor afirma que esta borradura de la demografía china en el estado de Sonora puede haber sido detonada por el censo de 1930 que se promocionó bajo el slogan “Hagamos censo, hagamos patria” y registró 3571 chinos en Sonora. Una década más tarde, el censo de 1940 solo registró 92 chinos en el estado.

Fernando Jordán tenía una visión distinta con relación a los extranjeros que habitaban la Baja California, espacio que denominó el Otro México: “Baja se apodera de los extranjeros, los subyuga, los asimila . . . han terminado fundiéndose con la población mexicana. Hubo y sigue habiendo mestizaje . . . una población muy mexicana por su espíritu, de estupenda calidad humana y de una singular belleza física” (296). Su percepción de los chinos, en particular, difiere bastante del discurso xenófobo que casi erradicó la población china del estado de Sonora. Él incluso valora el aporte cultural de esta población en la Baja California, como vemos aquí:

Acaso lo más típico de Mexicali sea el barrio chino, La Chinesca, como se le llama apropiadamente, ya que los orientales se han ido transculturando y perdiendo sus originales costumbres. Tienen mucho de estadounidenses y todavía más de mexicanos, si se exceptúan sus nombres monosilábicos, sus ojos oblicuos y el idioma lleno de tonalidades breves. Los chinos constituyen el elemento antiguo de la ciudad. Ellos fueron los primeros en avizorar las posibilidades de futuro que dormían en la asoleada llanura donde imperaba la Colorado River Land Company. (156)

Es claro que para Jordán la mexicanidad de la población bajacaliforniana no está en peligro por las múltiples culturas que él mismo enumera en su recorrido: rusos, franceses, chinos, y por supuesto estadounidenses. Sin embargo, me parece que entiende cómo este censo que él mismo articula en sus escritos va produciendo una mexicanidad diferenciada.

Al escribir su libro, Jordán hizo la mayoría de sus comparaciones estadísticas entre el censo organizado después de la revolución en 1921 y el censo más reciente al que tuvo acceso, el de 1950. Cuando Jordán llegó a la Baja California encontró una población de 225.000 habitantes en el territorio norte y 60.000 en el territorio sur. Mexicali era la ciudad más poblada con 6.000 habitantes, y Tijuana con 59.000 en segundo lugar. Esta población estaba concentrada en los extremos norte y sur de la península, con una extensión de poco más de 1.200 kilómetros desde la frontera hasta San José del Cabo. La región tenía la suficiente población para pronunciarse como estado, dejando atrás su condición de “territorio.” En este contexto entendemos un territorio como una etapa anterior a la entidad federativa, la cual únicamente carece de la población suficiente para acceder al segundo nivel de organización nacional (siendo la nación nivel uno, el estado o entidad federativa el segundo y el tercero simplemente territorio nacional). Podemos entender que previo al censo de 1950, la Baja California carecía de pueblos nativos y asentamientos políticamente organizados, por más pequeños que pudieran ser, o que simplemente les parecieran insignificantes desde la lejana capital del poder nacional. La pregunta me lleva a reconocer a la nación en su concepción más antigua, la de un grupo racial. Raymond Williams en su libro *Keywords; A Vocabulary of Culture and Society* sostiene que el término Nación se ha utilizado en el idioma inglés “originally with a primary sense of a racial group rather than a politically organized grouping. Since there is obvious overlap between these senses, it is not easy to date the emergence of the predominant modern sense of a political formation. Indeed, the overlap has continued, in relation to such formations, and has led on the one hand to particularizing definitions of the nation state . . .” (179). En el caso específico de la península de Baja California, se convierte en entidad federativa a

principios de la década del 50. Esto nos deja ver que, para el centro político postrevolucionario nacional, la región bajacaliforniana no contaba con una organización política y ciudadana con suficiente relevancia dentro de la nación para concederles el título de entidad federativa. O tal vez esta incapacidad de reconocer a los grupos organizados políticamente en la región bajacaliforniana era promovida por los propios residentes de la región con la intención de no someterse a una estructura federal que los obligase a funcionar como el resto de la república. Me parece complicado discernirlo, pero es posible cotejarlo a través de la escritura de José Revueltas, quien en su crónica “Viaje al Noreste de México” nos narra:

Para usar un término indulgente, diré que en el resto de México comprendemos poco a la Baja California. En realidad, no la comprendemos, y nos aparece como un territorio poco menos que deshabitado, con gente que vive arañando la tierra, aislada, sin orientación y sin sentido. Círculos interesados de México, por ejemplo, han inventado la especie de que en Baja California existe un interés profundo y casi unánime en el sentido de que el Territorio Norte se eleve a categoría de Entidad Federal, con todos los derechos y prerrogativas. Pero fuera de Tijuana, en donde una estación de gasolina lleva el nombre de “El Estado Libre”, para indicar, seguramente, las inclinaciones de su propietario, no encontré en todo el Norte de Baja California una auténtica tendencia hacia la soberanía constitucional. El “Estado libre” significaría para Baja California, desde luego, la aparición de un problema nuevo: el de los políticos. Y Baja California se la pasa muy bien sin los políticos. (67)

México otorgó a Baja California el título de estado debido al aumento de población de la década anterior al censo de 1950. Jordán hace un recuento del crecimiento exponencial del territorio justo después del final de la Revolución mexicana y comprueba que el territorio de Baja California pasó de tener 78.000 habitantes en 1940 a 225.000 en 1950. El autor declaró que la península estaba lejos de alcanzar el asentamiento confortable de 15 millones de habitantes, pero que el número podía alcanzarse en el futuro no muy lejano, como resultado de la tasa de inmigración de 1,500 personas por mes (Jordán 92). Enfatiza la urgencia de “nacionalizar” el territorio y señala que “la península tiene la forma de un brazo amputado . . . y si no ponemos, entre ella y el resto de México, puentes espirituales para completar la función del ferrocarril del noroeste, tendremos en nuestra conciencia nacional el arrepentimiento de haberla olvidado así” (85). Este olvido fue histórico. Jordán en su capítulo titulado “Historia de un siglo sin historia” nos dice que durante su investigación los datos relativos al siglo XIX estaban ausentes:

En esos clásicos textos oficiales que relatan los sucesos de la patria no encontraréis jamás una mención, por corta que sea sobre los acontecimientos

que se registraron en California durante el siglo pasado. Yo he perdido mi tiempo buscando en ellos un dato, un recuerdo, una pista siquiera que llevara a la California de esa época. Y al leerlas en vano, he tenido la impresión de que para esa región de México no hay lugar en la historia nacional, he pensado que los historiadores hicieron todo lo posible por olvidarla, como si la crónica de lo que en ella sucediera fuera a torcer sus conceptos sobre la evolución de México. Y como no me atrevo a creer que obraran de mala fe, supongo que abrieron el paréntesis por ignorancia, lo cual también resulta muy grave. (61)

La historia en la península, según Jordán, se detuvo con el final de la campaña épica misionera y se reinició a fines del siglo XIX. En este caso textual, el paréntesis en la historia nacional peninsular coincide con los estados dinásticos de la Europa del siglo XIX, de los cuales Anderson asume en un principio, se moldea el nacionalismo oficial del mundo colonizado. En una segunda instancia, en la revisión de su libro agrega que “this view was hasty and superficial, and that the immediate genealogy should be traced to the imaginings of the colonial state” (163). Esta falta de historiografía del siglo XIX en Baja California podría ser un buen ejemplo para ilustrar este último argumento. Para articular su tesis Anderson utiliza estas tres instituciones, el censo, el mapa y el museo, para imaginar el dominio del estado colonial, la naturaleza de la población sometida, su geografía y la legitimidad de sus ancestros. En ausencia de una historiografía oficial durante el siglo XIX, la obra de Jordán nos ofrece los tres elementos en un solo libro.

Baja California era un territorio colonizado del que apenas se había escrito durante el siglo XIX, pero Jordán citó el “censo primitivo” de 1810 con la intención de dar testimonio de la destrucción de las naciones nativas que vivían en el territorio:

. . . mientras los españoles, criollos y mestizos aumentaban en California, los indios disminuían. Esto vale la pena precisarse. Hacia 1810, según un primitivo censo levantado por un visitador, vivían en la península 2,300 indios y 2,150 españoles. Las cifras estaban en equilibrio; pero el número de indios, que veinte años antes se había calculado en 20 mil indicaba claramente que estos tendían a la extinción. (72)

Estos datos que coinciden cronológicamente con el nacimiento de México como nación independiente nos dan una pista de cómo el territorio imaginado de la California podía ser fácilmente entendido como una gran extensión de tierra vacía, carente de población para proteger, colonizar o incluso invertir sus precarios recursos en la incorporación del territorio en el discurso nacional. Además es importante tener en cuenta que el siglo XIX será para la nación uno de inestabilidad constante, plagado

de confrontamientos y luchas—primero por alcanzar la soberanía nacional, y en otras ocasiones por cómo articular, defender y mantener esta misma.

Jordán entrevé el camino que le parece inexorable a la extinción de los pueblos indígenas y nos ilustra sobre los posibles elementos “arcaicos” de la península. Acaso lo hace con la intención de transformar estos elementos en elementos “residuales” y de utilizarlos para articular una identidad nacional específica, una cultura activa con posibilidades de funcionar como alterna a la cultura dominante aun en gestación tras el proceso postrevolucionario. Al respecto, Raymond Williams en su libro *Marxism and Literature* nos dice:

The residual, by definition, has been effectively formed in the past, but is still active in the cultural process, not only and often not at all as an element of the past, but as an effective element of the present. Thus, certain experiences, meanings, and values which cannot be expressed or substantially verified in terms of the dominant culture, are nevertheless lived and practiced on the basis of the residue—cultural as well as social—of some previous social and cultural institution or formation. It is crucial to distinguish this aspect of the residual, which may have an alternative or even oppositional relation to the dominant culture, from that active manifestation of the residual (this being its distinction from the archaic), which has been wholly or largely incorporated into the dominant culture. (122)

Los habitantes nacionales “arcaicos” que los misioneros jesuitas habían convertido al cristianismo estaban extintos, pero durante el siglo XIX, nuevas naciones indígenas habitaron la región, empujadas hacia el sur por la expansión occidental de los EE.UU. Durante el siglo XX, los inmigrantes empujados hacia el norte por la Revolución mexicana, y eventualmente hacia el sur por la Ley de Repatriación de los Estados Unidos de los años treinta, poblaron la región. Estos otros inmigrantes eran tanto indígenas como mestizos y afromexicanos—por lo tanto, una raza residual estaba en cierto modo constituyéndose durante el período en que el autor recorre la península. Jordán cita el testimonio del jesuita Miguel Venegas sobre los “arcaicos” nativos de Baja California:

El fondo del carácter de los californios, no menos que el de todos los demás indios, la estupidez e insensibilidad; la falta de conocimiento y reflexión; la inconstancia y volubilidad de una voluntad y apetitos sin freno, sin luz y sin objeto; la pereza y horror a todo trabajo y fatiga; la adhesión y pusilanimidad y flaqueza de ánimo, y, finalmente la falta miserable de todo lo que forma a los hombres, esto es, racionales, políticos y útiles para sí y para la sociedad. (50)

Este testimonio coincide en muchos aspectos con el testimonio al que hace referencia Anderson del colombiano liberal Fermín de Vargas:

To expand our agriculture, it would be necessary to Hispanicize our Indians. Their idleness, stupidity, and indifference towards normal endeavors causes one to think that they come from a degenerate race which deteriorates in proportion to the distance from its origin . . . it would be very desirable that the Indians be extinguished, by miscegenation with the whites, declaring them free of tribute and other charges, and giving them private property in land. (Anderson 14)

Y de alguna manera también coincide con lo que dice José Revueltas:

Empero, los Cucapás no desean trabajar la tierra. Están definitivamente vencidos, cada día son menos y sin duda desaparecerán antes de que pasen tres generaciones. La refacción que les da el gobierno la utilizan en comprarse alguna ropa, algunos cartuchos y gran cantidad de alcohol, y el gobierno, por su parte, se resigna al hecho por tratarse, en efecto, de un grupo en estado de semiinconsciencia y de semiirresponsabilidad. (80)

Tenemos que entender lo que Revueltas significa para la intelectualidad mexicana. Él simboliza y es uno de los pocos intelectuales de izquierda que funciona, digamos, al margen del sistema. Max Parra lo explica así en su trabajo de tesis:

José Revueltas es uno de los pocos escritores mexicanos, y el único de magnitud, cuya formación educativa no incluye el paso por las aulas universitarias . . . En efecto, al no abreviar de la savia educativa universitaria, y sin vínculos efectivos—por su condición de comunista—con los centros de poder y reconocimiento cultural, Revueltas—en términos generales—no reproduce los criterios, las preocupaciones y las tendencias de la cultura dominantes ni las prácticas normativas que guían la producción intelectual de estos círculos. (17)

En los tres casos (Venegas, Vargas y Revueltas, sin traer a colación también a Vasconcelos por razones prácticas), tanto desde la perspectiva colonial como desde la liberal y la que podríamos llamar post-revolucionaria de izquierda, la incompreensión de las costumbres y procesos organizacionales de los nativos y la lógica expansionista justificada por el concepto de progreso condenaba todo lo indígena, desde la borradura de sus prácticas culturales hasta el genocidio.

Jordán responde a la cita de Venegas reconociendo que “quiero creer, basado indudablemente en un sentimiento personal de afinidad racial, que los indígenas californianos no eran así, y que seguramente mostraban cualidades que la miopía del misionero no dejó ver. De todos modos, no hay manera alguna de comprobarlo. Los indios de la península desaparecieron totalmente y hoy es imposible encontrar siquiera a uno de sus representantes o descendiente” (Jordán 50). Los Kiliwa y los Cucapah, grupos indígenas con los que convivió, habían sido empujados al sur desde los Estados Unidos ya en el siglo XIX, como he mencionado anteriormente. Para Jordán, estos nuevos pobladores constituyen una nueva raza, una con elementos residuales de

estratificación racial, pero sobre todo con una historia diferenciada al del resto de la población indígena mexicana. Si a esta población indígena recién emigrada del norte se le une una población mestiza empujada del sur, podemos encontrar en Baja California un territorio nacional carente, desde la perspectiva de Jordán, de un pasado indígena arcaico. Se puede leer en la documentación de Jordán sobre la población peninsular un elemento residual que constituye una nueva nación emergente, una nación mexicana, pero que Jordán imagina como “otra”, un Otro México, un México casi completamente mestizo e industrial. Esta perspectiva no es exclusiva de Jordán. Revueltas también la expresa: “Repito que no comprendemos a Baja California y que no comprendemos los interesantes y novísimos fenómenos que se gestan actualmente en su seno. Ahí trabajan hombres de todo el país . . . Trabajan como no lo hacen en su propia tierra, es decir poniéndose en contacto con problemas del todo distintos a los que confrontan en sus respectivas ‘patrias chicas’. Se encuentran con una tierra barata y libre, sobre la cual únicamente hay que poner el esfuerzo y la voluntad humanas” (82)—una especie de “melting pot” que podría imitar la productividad capitalista estadounidense con las lógicas y la cultura mexicana.

Estos intelectuales mexicanos—quienes, como ya he mencionado, representan voces de pensamiento crítico que cuestionaban el devenir de la identidad nacional—hicieron un recorrido substancial desde el centro de la república a través del desierto de Sonora, para llegar a Baja California y tratar de comprender a su población y su realidad. En la siguiente sección discutiré cómo la California ha sido constantemente re-imaginada y su mapa modificado. Muy posiblemente la modificación más importante al mapa por parte de los gobiernos postrevolucionarios fue la conexión vía ferrocarril de Baja California con el resto de la República en 1937—el primer intento de comunicación entre la península y la nación. Es difícil imaginar las condiciones de infraestructura que hicieran los viajes de estos intelectuales, ya no digamos placenteros, sino simplemente posibles. Revueltas nos dice: “Las diez y seis horas del viaje a través del desierto fueron terribles, por lo espantosamente incómodas. No era posible otra cosa que el mantenerse en una sola posición, sin movimiento, sin dormir, en medio del polvo y del sudor, rodeado por un aire caliente, tan caliente como el que se usa en los aparatos para secar las manos” (57). Jordán, por su parte, describe su recorrido por la desértica península con gran detalle. Para ambos, la geografía de la región era extraña. En aras de entender la bastedad de su nación, cruzaron en el mapa esa línea imaginaria entre su natal Mesoamérica y la basta Aridoamérica.

El mapa

¿Cómo se visualiza un espacio geográfico, cómo se forma y transforma esa visualización, y, sobre todo, una vez visualizado, bajo qué raciocinios se delimita? En el caso de California la imaginación ha sido, desde un comienzo, un elemento determinante para su conceptualización, concepción geográfica y eventual delimitación. Anderson nos dice que la invención del cronómetro por parte de John Harrison en 1761 nos permitió calcular la longitud precisa de la superficie terrestre. Después, esta superficie se convirtió en una cuadrícula finita, y se trabajaban los mapas con el mismo ímpetu de la clasificación totalizadora con la que se trabajaba el censo. El control de la información, conocer a cada individuo y cada metro cuadrado del mundo, parecía una necesaria empresa para expandir el dominio por medio del conocimiento. Para Anderson, los países imperiales del siglo XVII tenían que llenar cada cuadrícula del mapa con información, como los conquistadores del siglo XVI tenían que delimitar el globo terráqueo—nombrando cada pedazo de tierra para ir imaginando un mundo que se formaba a cada legua navegada, un mapa marítimo que para entonces no se había explorado ni trazado y podía ser más grande de lo esperado. La imaginación, y algunas veces la falta de la misma, fueron las herramientas creativas con las que manipularon el mapa—es decir, no recopilaron información tanto como la fueron creando, y borrarón los nombres e impusieron los suyos. Sin embargo, en California sucedió algo interesante: los conquistadores no la nombraron con base en una mitología religiosa judeocristiana, sino más bien en una mitología creada en el momento de su descubrimiento, una pieza creativa contemporánea de literatura popular.

Como he mencionado antes, el primer capítulo de *El otro México* se titula “El país imaginado”, y en este capítulo Jordán explica el nacimiento de California como espacio geográfico. Lo remonta a Colón, quien menciona una isla en los relatos de su primer viaje, una isla llena de mujeres fuertes, armadas con arcos y flechas. Según Jordán el nombre de California fue agregado finalmente a la leyenda de Colón por el conquistador Hernando de Alarcón, quien lo tomó de la novela *Las sergas de Esplandián* del escritor Garcí Rodríguez de Montalvo (al que Jordán llama Garcí Ordóñez de Montalvo por causa de un error de imprenta que se perpetuó por mucho tiempo en una edición que equivoca el nombre del autor). La isla mantuvo este título geográfico a pesar de que el explorador Francisco de Ulloa había navegado el Golfo de California—al que llamó Mar de Cortés en 1539, y al cual se le conoce también como Mar Bermejo—y comprobó la condición de península. Después de explorar el golfo,

Ulloa navegó por el pacífico hasta aproximadamente Isla de Cedros, lo que podríamos llamar la mitad de la península. Cabe resaltar que, inmediatamente después de Ulloa, el conquistador Juan Rodríguez Cabrillo recorrió la costa del Pacífico hasta un poco más al norte de San Francisco en 1542 sin entrar al golfo, posiblemente consciente de la exploración de Ulloa y sus hallazgos. En 1601, el virrey Conde de Monterrey, preocupado por las amenazas de navegantes ingleses y piratas, ordenó a Sebastián Vizcaíno documentar la costa del pacífico, y su delegación llegó hasta lo que es ahora Oregón. Me parece relevante resaltar que Vizcaíno renombró varios puntos geográficos antes bautizados por Cabrillo, lo cual nos hace pensar que los conquistadores no solamente ignoraban los nombres asignados por los nativos—nativos con los cuales hasta ese momento no habían tenido mucho contacto—sino que muy posiblemente era una práctica común re-nombrar espacios que ya habían sido nombrados por otros navegantes del mismo imperio, dado el lento flujo de la información y los sistemas centralistas de administración del mismo. En los años posteriores a estas misiones de reconocimiento, el mapa volvió a dibujar a California como isla. La certidumbre de la condición de California como parte del cuerpo continental no se reflejó en los mapas de forma permanente hasta un siglo después, ya explorada por tierra, fue hasta entonces que se comenzó a dibujar una de las penínsulas más grandes del mundo.

El imaginario impuesto sobre la región funciona desde un principio como uno que puede alterar la percepción general, la “realidad”. Pareciera que la idea original de California, como una isla mítica, era más fuerte que las observaciones empíricas que ya habían demostrado lo contrario. La imaginación rearticuló la cartografía, proyectando por más de un siglo una realidad inexistente. Philip Hoehn en la introducción al libro *The Mapping of California as an Island* nos dice:

Around the year 1500 California made its appearance as a fictional island . . . Later European explorations established California as a real place, but not as island: maps show it firmly attached to a seriously misshapen North America. Subsequent information passed on to cartographers changed this picture and turned California back into an island, and it appeared thus on maps starting in 1662. At the beginning of the eighteen-century, Father Eusebio Kino definitively confirmed that California was not an island, but it took nearly 100 years to completely eliminate the misconception from the mapmaker’s art. (2)

La realidad basada en la supuesta objetividad de un mapa perpetuó un fuerte imaginario creado por la literatura: California como isla. Un silencio, una borradura que oculta y a la vez reproduce una mentira como realidad. Las razones para que persistiera la idea de California como isla pueden ser varias, desde la muy simple

ignorancia hasta el proteccionismo imperial o una simple mezcla de ambas. Según J.B. Harley, “[m]aps from the sixteenth century onwards offer particularly clear opportunities for the exploration of a new perspective on the changing and reciprocal relationships between the rise of the nation state and the expansion of cartography. The establishment of stability and durability, the primary tasks of each and every nation state . . .” (57). Para Harley, es a partir del siglo XVI que los Estados coloniales entienden la importancia de los mapas como información/poder; por ejemplo, los sistemas burocráticos de España y Portugal para regular el comercio y la navegación. Hace hincapié en las penas de muerte para los capitanes que entregaran los mapas a extranjeros, que demuestra la importancia del “secreto” o el “silencio” como método de control imperial y comercial. Sabiendo que previo a 1662 ya se contaba con mapas en los que California se dibujaba como península, y que ya hacía más de un siglo de haber navegado por primera vez la geografía de California, me parece poco probable que fuera por error el que se reinsertara en el imaginario colectivo el concepto de isla. Si esta rearticulación no responde a una acción de proteccionismo colonial y fue en realidad mera ignorancia, es un muy buen ejemplo de cómo la fantasía puede recrear la realidad. Me parece relevante contemplar la posibilidad de que California—por su origen mitológico, por medio de la apropiación de un elemento imaginado, un nombre extraído de la literatura—haya logrado rearticular la realidad de este espacio geográfico en el imaginario del resto del mundo.

En 1706, el Padre Kino hace un recorrido con la intención de conectar por tierra las misiones del estado de Sonora y las de Baja California, y comprobar la conexión terrestre a lo que se creía como isla. En aquel momento, ya ha pasado más de siglo y medio de la exploración de Francisco de Ulloa de 1539. A pesar de que los mapas impresos en Europa durante el siglo XVI mostraban correctamente a California, para la segunda década del XVII, California ya había recuperado su mítica figura. Al parecer, el primer mapa que reinserta en la objetividad del mundo cartografiado la isla imaginada es de producción holandesa, y data de 1622. A ese le seguirían mapas publicados en Londres (1625), París (1647), Roma (1660), Pekín (1674), Núremberg (1675?),² sin que España corrigiese el equivoco o posiblemente perpetuándolo, creando uno de los errores cartográficos más importantes de la historia.

² Ver McLaughlin, Glen. *The Mapping of California as an Island* (California Map Society, 1995).

Me parece necesario tratar de entender la borradura geográfica en el mapa—la separación de California de tierra firme, y la superposición de nombres sobre los nombres ya asignados tanto por nativos como por anteriores exploradores—para tratar de entender la subjetividad fronteriza californiana. Quisiera comprender si es a razón de olvido o estrategia de poder que el aislamiento geográfico generara en este espacio una subjetividad específica, acostumbrada a ser nombrada por la cultura dominante, al cambio epistemológico, a desconfiar de las nociones de identidad como algo fijo. Harley nos explica que existen varios ejemplos de silencios encontrados en los mapas:

One category is the toponymic silence. Conquering states impose a silence on minority or subject populations through their manipulation of place-names. Whole strata of ethnic identity are swept from the map in what amounts to acts of cultural genocide. While such manipulations are, at one level, the result of deliberate censorship or policies of acculturation, at another—the epistemological—level, they also can be seen as representing the unconscious rejection of these “other” people by those belonging to the politically more powerful groups. (66)

Como menciona Anderson ya para el siglo XVI los poderes imperiales habían logrado producir una especie de imagen de espejo con los espacios que nombraban como nuevos. Él menciona como ejemplos New York, Nuevo León, Nouvelle Orléans, etc. (187). Estos espacios, dados los avances tecnológicos de navegación, cartografía e imprenta permitían una existencia paralela y, como afirma Anderson, una subordinación imperial del espacio nuevo al espacio colonial; pero ¿qué sucede cuando el espacio es en sí el espejo de un espacio mitológico, imaginado? Anderson nos dice: “if for the creoles of the New World the strange toponyms discussed above represented figuratively their emerging capacity to imagine themselves as communities *parallel and comparable* to those in Europe, extraordinary events in the last quarter of the eighteenth century gave this novelty, quite suddenly, a completely new meaning” (192, subrayado original). Como sabemos, en California la lucha de independencia representa un evento casi inexistente, o simplemente este “extraordinary event” se vive de forma diferenciada. No obstante, es pertinente cuestionarnos la naturaleza de California como un espacio independiente, despojada de una identidad nativa al ser renombrada por los españoles, y al mismo tiempo, por medio del nombre dado, distinguida de todo referente geográfico del viejo mundo—en paralelo a qué se supondría que los habitantes de la región podrían imaginarse en paralelo, posiblemente a un referente literario que había sido capaz por mucho tiempo de reconstituirse como una isla mitológica.

Jordán es en gran medida responsable de la reconstrucción de un imaginario bajacaliforniano. Tras el reconocimiento de la población y el recorrido de su geografía con el mapa y el censo como herramientas, con su escritura y con su intermediación con instituciones como la INAI, articuló un catálogo museístico que funciona como un elemento de inventariado nacional.

El museo

La península, incluso a mediados del siglo XX, no contaba aún con un museo cuando Jordán visitó la región. Las carencias estructurales de la península eran muchas, y otros proyectos de urbanización tuvieron que concretarse antes de la apertura del primer espacio dedicado a preservar la corta—y como nos dice Jordán, ignorada—historia material de la Baja California, o albergar la creación artística local o extranjera. Braulio Maldonado en sus comentarios políticos, en los que enumera sus logros como primer gobernador de Baja California de 1953 a 1959, nos menciona que, una vez organizada, lo primero que lo ocupó la Administración Pública fueron los servicios básicos, agua potable, drenaje, alumbrado público, caminos, escuelas, y pavimentación. Maldonado mismo es quien expropió las tierras en los linderos del Río Tijuana—cabe señalar que no sin oposición ciudadana.³ Es justo en estos terrenos donde se construye el Centro Cultural Tijuana a finales de la década del setenta, el primer museo de la región noroeste del país. Este desfase histórico, al cual Maldonado llamaría retraso, se acentúa en Tijuana dado que la vecina ciudad de San Diego contaba con lo que ahora llamamos el Museo de Arte de San Diego desde 1926. En Baja California, ante la ausencia del museo como espacio público, en este ensayo intento argumentar que *El Otro México: biografía de Baja California* funciona como un catálogo museístico, un archivo en el que Jordán reúne información cultural dispersa por la historia y la geografía, documentando lugares, personas, flora y fauna, y luego la centraliza con la intención de crear un corpus identitario que proyectar hacia el resto del país.

El museo en su concepción moderna es un espacio público en el cual la población puede acceder a variadas colecciones materiales de la producción humanística. El término que anteriormente había sido utilizado para espacios de pensamiento filosófico o lugares que albergaran colecciones se limitaba a espacios

³ El conflicto del estado contra los ciudadanos dejó saldo de muertes y heridos. A este incidente regresaré con mayor puntualidad en otros textos, al analizar la función de los centros culturales y comerciales de la década de los ochenta, lo que argumento como una borradora binacional de la pobreza racializada.

privados o religiosos hasta que, a la par de los procesos nacionales, se pretende democratizar el acceso a la cultura. Carol Duncan nos dice: “The Louvre, once the palace of kings, was now reorganized as a museum for the people, to be open to everyone free of charge. It thus became a lucid symbol of the fall of the Old Regime and the rise of a new order” (305). Cuando en los países del “primer mundo” se democratiza el acceso a las colecciones de productos culturales antes privadas, en las geografías en desarrollo se comienza a popularizar la idea del museo como un elemento del Estado-nación moderno. En la sección “museo” del ensayo de Anderson, aunque se centra en Asia, el autor afirma que “The present proliferation of museums around Southeast Asia suggests a general process of political inheriting at work. Any understanding of this process requires a consideration of the novel nineteenth-century colonial archaeology that made such museums possible” (178). Yo he afirmado antes que, para Jordán, el siglo XIX se había perdido en la historia de la península debido al descuido de los historiadores. Jordán afirma que ellos priorizaron la temática del estado perdido de Texas en lugar de enfocarse en lo que “milagrosamente” se mantuvo mexicano. El catálogo de museo articulado por Jordán no es un lugar para que la gente lo visite, es más bien volumen de datos naturales, antropológicos e históricos compilados con la intención de transportarlos al centro cultural de la república. La idea sería, a través de este catálogo, crear una genealogía histórica que de alguna forma produzca un vínculo de comunidad imaginada, una especie de herencia política entre la Baja California y el resto de la nación.

Durante su expedición a la península, el autor funcionó no solo como curador museístico, sino también como antropólogo, al ser guiado por locales y documentar pinturas rupestres que el Instituto Mexicano de Antropología e Historia no había documentado. Viajó a la Ciudad de México y regresó algunos meses más tarde con una comisión que examinara y comprobara el “hallazgo”. El autor se encargó de llevar a cabo el trabajo que los bajacalifornianos no habían hecho. Las razones por las cuales se habría ignorado el registro de este sitio arqueológico pueden ser muchas, pero podemos especular que los intelectuales de la región no estaban interesados en la arqueología, ya que no tenían la necesidad de crear una, como afirma Anderson, “herencia política”. No existía la agenda nacionalista de crear vínculos con lo ancestral para generar una línea directa de descendencia que fortaleciera la identidad nacional o regional. En todo caso, Jordán nos dice que a la ciudad de Ensenada “le faltan agentes cohesivos y una gran preparación cultural . . . le falta la respiración intelectual” (107). Este vacío intelectual, percibido desde el centro, es relevante para

este análisis. La labor antropológica/museística y el reconocimiento de estos elementos arcaicos en la geografía cultural de la península posiblemente no se había realizado desde dentro porque no existía la necesidad de reconocer elementos residuales en la cultura, la necesidad de cohesionar una sola cultura que generara una identidad geográfica. El proceso nacionalista postrevolucionario, con el reconocimiento de las culturas residuales y la afirmación del mestizaje como elemento primordialmente emergente, aún no lograba extenderse a la península. Podríamos incluso decir que Jordán es uno de los primeros agentes con su capacidad de difusión que, por medio de procesos científicos y creativos, inicia una catalogación de la península.

La documentación de Jordán tiene un enfoque científico, pero logra incorporar observaciones de registros críticos y literarios. Él afirma, “Solamente me he permitido una libertad: romper los tabús científicos de la rigidez expositiva (que casi siempre resulta solemnemente aburrida), de las precisiones cronológicas (cuando las creí innecesarias) y de la pasividad crítica. He manejado la historia como novela y la geografía como aventura” (III). Las imágenes publicadas en el libro, son de tono primordialmente documental, fotos expositivas de catálogo que documentan arquitectura/arqueología, flora, fauna y geografía, pero un número reducido tiene como objetivo primordial el retrato. Algunas de las imágenes están acreditadas a José T. Zataráin, pero la gran mayoría no cuenta con créditos. En estas fotos, a diferencia de las demás imágenes, podemos ver a los personajes como el objetivo documentado. No son elementos dentro del cuadro que documenta el paisaje y tampoco están documentados por su función en el espacio específico, como los pescadores de caguama, o por su indumentaria como los vaqueros del centro peninsular. Al contrario, ellos son el objetivo dentro del espacio, una documentación etnográfica en la que se enfatiza la diferenciación poblacional de este “otro México”.

Conclusión

El catálogo museístico creado por Jordán funciona como un elemento de inventariado nacional, una herramienta cohesionadora. Esta función del museo es abordada por Peggy Levitt en su libro *Artifacts and Allegiances: How Museums Put the Nation and the World on Display*. Nos dice: “Ever since France’s new leaders opened the doors of the Louvre to the public in 1793, however, museums have also played a starring role in producing and representing the nation. They helped create unified ‘teams’ out of millions of people who would never meet, by showcasing the

knowledge and customs they share” (2). En el catálogo de museo, curado por Jordán, podemos encontrar una línea histórica directa que documenta por medio de texto, pero sobre todo por fotografías: pinturas rupestres, ruinas de misiones dominicas, ruinas de plantas mineras, flora, fauna y personajes específicos, como estadounidenses y descendientes de rusos que habitan la Baja California. En fin, documentación que los mismos residentes no se habían dado a la tarea de recopilar. Anderson nos dice que:

...what was imagined was a secular decadence, such that contemporary natives were no longer capable of their putative ancestors’ achievements. Seen in this light, the reconstructed monuments, juxtaposed with the surrounding rural poverty, said to the natives: Our very presence shows that you have always been, or have long become, incapable of either greatness or self-rule. (181)

Jordán nos deja claro que la Baja California es un espacio con una historia no documentada, ni por los locales ni por los historiadores nacionales, que es de relevancia para la nación incorporarla en el discurso nacional. Sin embargo, los métodos utilizados para crear una cohesión nacional, una herencia política, en términos de Anderson, puede, tomando en cuenta la distancia tanto histórica como geográfica de la Baja California, crear por sí misma una identidad nacional diferenciada del resto de la República: Otro México.

Jordán decidió nombrar su libro una biografía, una biografía de un territorio que el gobierno mexicano aún no había nombrado un “estado”, una tierra sin nación. *El Otro México* utiliza herramientas creativas para crear un conjunto de elementos culturales que pudieran ser compartidos por una Nación, es decir, un grupo de personas que habita un espacio geográfico. Mientras se lee esta biografía se pueden percibir proyecciones existenciales privadas sobre la naturaleza, la tristeza del elefante marino bajo ataque, la angustia de los “Cardones”, y un capítulo titulado “En el que se dice, por fin, lo que hay en la soledad”. Estos ejemplos proyectan a la Baja California como un espacio solitario, de cierta forma abandonado a lo largo de la historia, pero listo para ser “descubierto”.

Jordán imaginó un “otro México” en el territorio bajacaliforniano. Entendió la diferenciación histórica de la región. Una vez publicado su libro decidió mudarse a Baja California. Al parecer dejó de escribir, compró un terreno e intentó su suerte en el negocio agrícola de los dátiles, este fruto que le dio el título de uno de sus capítulos “En el que los dátiles nos quitan la amargura”. La poca información sobre su devenir nos dice que habiendo vivido menos de un año en la península, y después de su fallido

esfuerzo empresarial, se suicidó. La información sobre su muerte es ambigua; algunas fuentes dicen que se pegó un tiro en el corazón, otras fuentes afirman que nunca se aclararon las circunstancias. Jordán, al final de su vida se convirtió, durante un corto período de tiempo, en un habitante de Baja California—no solo un explorador extranjero, sino también un residente. Encuentro el gesto significativo: convertirse en ciudadano y, sea cual sea la verdad de su deceso, morir en el territorio, dejar atrás el México post-revolucionario por el “otro México”.

La creatividad ha sido desde un principio un elemento determinante para la consolidación de California como un espacio imaginado. Una región que desde sus inicios en el panorama occidental ha sido separada de los espacios de poder, tanto por elementos reales como el mar y el desierto, como por imaginarios: errores cartográficos o simples engaños. Me parece importante entender la constante división del territorio, primero por órdenes religiosas y después por naciones, y su importancia geográfica en relación con el encuentro entre dos culturas, dos pensamientos ideológicos profesados por dos religiones imperantes, en un conflicto tan antiguo como la imaginación de la California misma. La negociación de las identidades producidas por ambas naciones ha logrado detonar una multiplicidad de subjetividades creativas que en muchos de los casos difieren de la identidad nacional propuesta, articulada y en ocasiones impuesta tanto por los gobiernos postrevolucionarios mexicanos, como por los gobiernos expansionistas estadounidenses. Estas subjetividades, entiendo, son influidas por las características específicas de la California Imaginada.

Obras citadas

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities; Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Edición revisada. London: Verso, 1996.
- Asad, Talal. “Ethnographic Representation, Statistics and Modern Power.” *Social Research*, vol. 61, núm. 1, 1994, pp. 55-88. JSTOR, www.jstor.org/stable/40971022. Consultado 3 julio 2021.
- Augustine-Adams, Kif. “Making Mexico: Legal Nationality, Chinese Race, and the 1930 Population Census.” *Law and History Review*, vol. 27, núm. 1, 2009, pp. 113-144. JSTOR, www.jstor.org/stable/27641647.

- Bellver, Pilar. "El Otro México por Fernando Jordán: La península de Baja California como espacio tópico del desarrollismo mexicano". *Confluencia*, vol. 26, no. 2, 2011, pp. 46–60.
- Duncan, Carol. "From the Prince Gallery to the Public Art Museum: The Louvre Museum and the National Gallery, London." *Representing the Nation: A Reader. Histories, Heritage, Museums*. London: Routledge, 1999.
- Harley, J. B. "Silences and Secrecy: The Hidden Agenda of Cartography in Early Modern Europe." *Imago Mundi*, vol. 40, 1988, pp. 57-76. JSTOR, www.jstor.org/stable/1151014.
- Hoehn, Philip. "Foreword." *The Mapping of California as an Island* de Glen McLaughlin. The California Map Society, 1995.
- Jordán, Fernando. *El otro México: Biografía de Baja California*. Gobierno del estado de Baja California, 1980.
- Levitt, Peggy. *Artifacts and Allegiances: How Museums put the Nation and the World on Display*. University of California P, 2015.
- McLaughlin, Glen. *The Mapping of California as an Island*. California Map Society, 1995.
- Mezey, Naomi. "Erasure and Recognition: The Census, Race and the National Imagination." *Georgetown Law Faculty Publications and Other Works*, vol. 97, núm. 4, 2003, pp. 1701-1768. scholarship.law.georgetown.edu/facpub/196.
- Parra, Max. *José Revueltas y el nacionalismo*. 1992. Columbia University, PhD disertación.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Revueltas, José. "Viaje al Noreste de México". *Visión del paricutín y otras crónicas y reseñas*. Ediciones Era, 1983.
- Trujillo Muñoz, Gabriel. *Años de Lucha años de guerra; La identidad bajacaliforniana en tiempos de cambio 1933-1953*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2015.
- Vasconcelos, José. *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana; Argentina y Brasil*. Espasa-Calpe, 1948.
- Williams, Raymond. *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*. Oxford UP, 1976.
- _____. *Marxism and Literature*. Oxford UP, 1977.